

¡JOVEN: NO TENGAS MIEDO!

Homilía de monseñor Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús en la Vigilia diocesana de Pentecostés (3 de junio de 2006)

En primer lugar quiero felicitarlos, queridos jóvenes, y también a quienes no son tan jóvenes y que se han animado a venir a esta Vigilia de Pentecostés en nuestra diócesis. Agradezco a los sacerdotes que nos acompañan ya que es un ejemplo, de parte de ellos, por el sacrificio y por lo que significa estar juntos para recibir la fuerza del Espíritu. También quiero agradecer la presencia de las religiosas de distintas comunidades que están presentes para, como Pueblo de Dios, recibir la fuerza de lo alto

Para nosotros Pentecostés es la victoria definitiva de Cristo. De esta forma, para que nos convenzamos, para que no seamos tozudos, para que no dudemos, para que no tengamos miedo, Cristo nos remarca que El está empeñado, que Dios está empeñado y que está comprometido para que nosotros tengamos su amistad. Su amistad, con su salvación.

Cristo venció rotundamente al pecado y a la muerte. Y Cristo, con el Padre nos envía la fuerza del Espíritu. Y el Espíritu, que también es Dios, como el Hijo Dios y como el Padre Dios, iba a estar presente en nosotros hasta el final de los tiempos!, ¡hasta la consumación de los siglos!

¡Qué cosa extraordinaria: Dios está siempre presente!

Y quiere Dios que nosotros lo reconozcamos, que hoy le abramos el corazón.

Que lo dejemos entrar en nuestra vida.

Para que nos dé luz: la luz de la Verdad.

Para que nos dé luz: la luz de la gracia.

Para que nos dé luz: la luz de la amistad.

El nos llama amigos y nos elige a nosotros para ser sus amigos.

¡Los amigos no traicionan!

¡Los amigos no mienten!

¡Los amigos no son cobardes!

¡Los amigos son convencidos hasta las últimas consecuencias!

¡Que ninguno se olvide, en esta noche, que Dios, que Cristo, nos dice: yo te elijo y sos mi amigo! No profanemos su amistad. Dejémoslo entrar en nuestra vida.

Fijémonos que la presencia del Espíritu nos hace nuevas personas. Y les da ese poder a los Apóstoles, y a través de ellos a los sacerdotes, de quitarnos los pecados. Muchas veces, cuando alguien nos ofende, pensamos si le perdonamos la ofensa, si lo perdonamos y decimos: "¡basta!, mirá yo te perdono...un manto de piedad... un olvido... no me acuerdo más de esto...no hago revanchas...", esto es importante. ¡Pero mucho más importante es el perdón de Dios.

El perdón de Dios, el que quita el pecado, no sólo que se olvida de las ofensas sino que te hace nuevo, te transforma. ¡Cuántas veces nosotros fuimos a pedirle perdón a Dios, a través del sacerdote! Y dijimos: necesito que me perdone y necesito el perdón de Dios. Y cuando Dios nos perdona, a través del sacerdote, uno está distinto, está transformado. ¡No es un "raye" psicológico o una ilusión, O una descarga emotiva! Es la transformación del alma, la transformación del corazón.

Dios, cuando toca, nos cambia. ¡Qué cosa extraordinaria! Dios, a través del perdón del sacerdote, nos toca, nos transforma y nos cambia.

Este Espíritu viene para que nosotros lo recibamos y nos dice algo importante: ¡no tengan miedo, soy YO!

NO TENER MIEDOS:

¡Cuántos miedos tenemos en nuestra vida!

¡Cuántos miedos que nos hacen ser cobardes!

¡Cuántos miedos que nos llevan a tapar la verdad y a no querer vivir la amistad con Jesús! ¡Cuántos miedos que nos llevan a no jugarlos! No me juego en mi casa; no me juego en la parroquia; no me juego en los estudios; no me juego en el trabajo; ¡no me juego en las cosas públicas! A lo mejor soy cristiano y las dejo para los momentos míos privados, pero no me juego públicamente porque no quiero que me "carguen"; no quiero que se burlen de mí. "Este chico dirá que es católico. Esta chica dirá que es cristiana...está loca...mirá lo que es: es católica, es cristiana"

Nosotros sabemos que, si lo reconocemos públicamente ¡públicamente nos tenemos que portar bien! Y como no queremos "quemarnos", como no queremos que nadie nos "critique" o nos juzgue mal ocultamos nuestra identidad, ¡nos tapamos porque tenemos vergüenza de la cosa pública! Sin embargo, Cristo con el Espíritu Santo nos dice esta noche "no tengas miedo, YO estoy contigo. No tengas miedo"

Si nosotros llegáramos a reconocer el significado de esto, yo les aseguro que cambiaría nuestra vida. ¡Que no pisáramos malos ambientes! ¡Que no nos contamináramos con nada de aquello que no tenga dignidad con nuestro nombre de ser cristianos, de ser católicos! Pero muchas veces el miedo es más fuerte y uno esconde la cabeza, se "acovacha", se encierra, vive con miedo y es esclavo de los demás.

Hoy el Espíritu Santo nos quiere decir ¡no tengas miedo, sé lo que tenés que ser! Sé de acuerdo a la amistad que YO te di. ¡Mirá mis manos! ¡Mirá lo que me costaste! ¿Y no nos vamos a animar a decirle SI al Señor?

LA TRISTEZA:

El Espíritu Santo viene para quitarnos algo que está muy metido en la sociedad: la tristeza. La gente está triste. Ahora vamos a estar eufóricos por el Mundial. Yo también lo voy a estar. Pero es una nube de humo que dura un mes. Ya nos están lavando la cabeza, hace mucho tiempo. Nos están insinuando que compremos televisores de plasma y otras cosas. Ya uno vive de una emoción. Pero después, si salimos bien o si salimos mal, chau. Fue. La tristeza del "ya fue"

Hoy no hay amistades profundas. Hoy todo está al alcance de la mano. Todo se usa y se tira. Se tiran las personas, se tira el sexo. Se tira todo. Está el consumo. Pero el consumo, lo único que hace es atragantarnos pero no nos da alegría, no nos da paz. ¿Por qué? ¡Porque no tiene verdad, no tiene permanencia y porque no es para siempre; es para un día! Si ni siquiera uno se acuerda del nombre de las personas. Porque la superficialidad provoca una tremenda tristeza en el alma.

Cristo y el Espíritu Santo dicen "Soy Yo" y los Apóstoles, llenos de alegría se dieron cuenta que era el Señor ¡qué gran verdad! Cuando está Dios hay alegría. Cuando uno está en paz, tiene alegría. ¡Pero cuando uno perdió la paz, o la vendió,

o la cambió por figuritas, por más que se ría, por más que eche carcajadas, no va a tener alegría y no va a tener paz!

Tendrá que ponerse máscaras para que los demás no vean la intimidad del alma.

Cristo, por medio del Espíritu, viene a darnos una alegría. La alegría del entusiasmo. Esa alegría que nos dice **¡trabajemos por El, trabajemos con El! ¡Acompañémoslo a El! ¡No tengamos vergüenza! ¡No nos escondamos! ¡No vivamos encerrados en la capilla o en la parroquia! ¡Salgamos! ¡Tenemos que anunciar! ¡Tenemos que llevar su nombre!**

DISTRAÍDOS:

Otro elemento importante: uno está perplejo y distraído. Hay gente que vive distraída. Mira para otro lado. Perdió la huella, el camino. Camina a tientas. No sabe para dónde va. No sabe de dónde viene y perdió el rumbo. No sabe ni siquiera para qué vivir. Y no sabe cuál es el sentido, el horizonte, el proyecto de su vida.

Y cuando uno está perdido, se agarra de cualquier cosa: droga, alcohol, sexo, violencia, desprecio por su vida, desprecio por la vida de los demás. Cuando uno perdió el equilibrio también lo perdió con Dios y con los demás. No respeta a su padre; no respeta a los mayores; no se respeta a sí mismo; no respeta el valor de la palabra; no respeta el valor de la Verdad; no respeta el valor de la dignidad; no respeta nada. Y yo creo que el mundo anda por ahí.

En esta noche, el Espíritu Santo viene a nosotros para decirnos "¡mirá, soy YO, estaré con ustedes, no tengan miedo, les quito la tristeza! ¡Yo soy el camino, la verdad y la vida! Conmigo van a llegar a buen puerto, a destino. Pero tenemos que navegar juntos. Tenemos que remar juntos. Nos necesitamos. El Obispo necesita de los sacerdotes. El Obispo necesita de ustedes. Ustedes necesitan de los sacerdotes y del Obispo. Nos necesitamos mutuamente, pero tenemos que remar todos juntos en un mismo movimiento y hacia una misma dirección. Tenemos que tomar conciencia que juntos, en el Señor, podemos lograr muchas cosas.

El Espíritu Santo nos regala el don pero nos dice esto: "**ustedes tienen que ser mis testigos ¡vayan, anuncien!, ¡lleven esta noticia!**, ¡el mundo se distrajo, perdió su rumbo!, ¡el mundo está triste!, ¡el mundo está agotado, tiene miedo y es esclavo!, ¡lleven este Nombre!, ¡vayan y anuncien y sean mis testigos en todas partes!"

Hoy tenemos que tomar esta decisión: ¿qué queremos ser en la Iglesia? ¿Cómo queremos llevar el nombre de cristianos? ¿Seremos unos "chantas" más como tantos otros? ¿Tendremos un doble lenguaje? ¿Diremos una vez sí y enseguida diremos no? ¿Pondremos más excusas?

Si nos miramos a nosotros, nos vamos a hundir, porque no tenemos fuerzas, somos frágiles. Claro que sí, somos frágiles y no tenemos fuerza propia.

Pero "**soy YO**", nos dice Cristo "**y YO estaré con ustedes hasta el final de los tiempos.**" De ahí que la calidad de nuestro testimonio no depende de la fuerza personal, sino depende de la confianza que tenemos puesta en Dios. Y el que confía en Dios sabe que no hay nada imposible y que se puede ser íntegro, transparente. Se puede ser puro, respetuoso. Se puede ser vivaz, juvenil, alegre. Se puede con el Espíritu de Dios. Pero si no vivimos así, no digan "lo que pasa es que yo soy frágil." Yo les diría: digan la verdad: **¡qué poco amor le tuviste a Dios! No confiaste y enterraste el don, por eso te pasó lo que te pasó.**

Que en la Iglesia Diocesana se note que está el Espíritu Santo.

Que haya transformación.

Que haya fuego.

Que haya unidad.

¿Saben por qué hay unidad? Hay unidad porque hay amor. Porque el amor es más fuerte que la unidad. El amor sustenta a la unidad. Y el amor construye y fortalece la unidad. No es la unidad primero. **PRIMERO ES EL AMOR.**

Cuando hemos estado enamorados por Dios, hemos superado problemas, dificultades. UNO es capaz de construir la unidad y la civilización del amor. No haremos todo, pero lo que tengamos que hacer, hagámoslo y cumplamos con el don y la misión.

Que la Virgen nos ayude en este momento especial. Nos de la docilidad que sepa decir de nuevo ¡SI!, a Dios y que nos de la fuerza para decir ¡NO!, a aquello que nos separa de Dios, de los hermanos y de la Iglesia.

Queridos hijos, ¡Feliz Fiesta de Pentecostés! y que el Espíritu Santo los colme con su amor y con su presencia.

Que así sea.

Mons. Rubén Oscar Frassia, obispo de Avellaneda-Lanús